



## Procesos paralelos, confluencias y contingencias

*Traduttore, traditore* sentencia el refrán italiano, aseveración adoptada por nuestro idioma<sup>1</sup> que expresa la poca confianza que suele tenerse en las traducciones; sin embargo, la sentencia “traductor, traidor” se aviene sobre todo a las obras literarias, y en particular a las composiciones poéticas. En verdad, la terrible afirmación es notoriamente injusta para escritos de otro tipo, sobre todo si se reconoce la existencia de cientos de lenguajes en un mundo habitado por personas congénitamente monolingües.

Aunque fonéticamente similares, sus significados son distintos: ‘traducir’ proviene del latín *traducere*, y significa, según el afrancesado dramaturgo Leandro Fernández de Moratín,<sup>2</sup> expresar en una lengua lo que está escrito en otra, y según Baltasar Gracián, puede definirse como convertir, mudar o trocar. A su vez, traición procede del latín *traditio*, aplicable a quienes faltan a la fidelidad que de ellos se esperaba; sobre todo se aplica a delitos cometidos por los ciudadanos contra la patria o contra la disciplina y lealtad que obliga a los militares.

<sup>1</sup> Dice Cervantes que leer una obra traducida es como mirar los tapices “por el revés”. Cfr. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, parte II, cap. LXII.

<sup>2</sup> Fernández de Moratín practicaba su definición: a finales del siglo XVIII, en 1778, para ser preciso, tradujo *Hamlet*; aunque lo pasó a prosa, aspiraba “a la fidelidad” y a conservar su “hermosa cadencia verbal”. Inició su traducción cuando radicó en Inglaterra, donde pudo ver representadas varias obras de Shakespeare sobre las que escribiría posteriormente. Significativamente, no dio a su labor traductora el mismo rango que a la autoral, pues su versión la publicó con el pseudónimo de Inarco Celenio. Cfr. Vicente Molina Foix, *Los amores de Shakespeare (sus primeras traducciones en España)*, Biblioteca Nacional de España, Madrid, 2016, pp. 5-6.



Dejemos las acepciones etimológicas de ambas palabras y convengamos en que, si las traducciones suelen disminuir el valor de las obras originales desde la perspectiva del autor, son claramente benéficas para todo lector pobre en el manejo de lenguajes ajenos. La traducción es entonces una labor encomiable, y quien la practica con oficio y esmero debería ser una persona muy apreciada. Así, el mal traductor puede ser visto como un traidor; el bueno, como un introductor, como un acarreador, como un trasladador.<sup>3</sup> Hoy resulta incuestionable que esta labor tan vilipendiada resulta muy positiva para el enriquecimiento de la civilización humana,<sup>4</sup> pues los países que carecen de traductores terminan aislados, con una cultura estrecha, localista. Pensando en México, su historia registra dos etapas en las que la traducción fue un elemento decisivo: primero, a lo largo del siglo xvi, cuando se construyó una nueva cultura gracias al trasiego idiomático entre el español, el latín y las varias lenguas prehispánicas; el segundo momento tuvo lugar a mediados del siglo xx, cuando, gracias a la llegada de muchos intelectuales españoles, México pudo entrar en contacto con lo mejor de la cultura occidental.

En rigor, este ánimo modernizador procedía del último tercio del siglo xix, cuando Francisco Giner de los Ríos y un

<sup>3</sup> *Traer* es una palabra que vincula los dos conceptos que nos ocupan: puede provenir del latín *trah re*, que significa “arrastrar”, “conducir” o “trasladar”, como puede proceder de *trad re*, que implica “conducir con engaño”, incluso “entregar con traición”: ‘me *traes* de allá para acá’, o ‘me trajo a mal *traer*’; se usa también para referirse a alguien de mala intención: aquellas personas se las *traen*. Consulte el *Diccionario de la lengua española*, en <www.rae.es>. Véase también Luis Fernando Lara (dir.), *Diccionario del español de México*, 2 vols., El Colegio de México, México, 2010.

<sup>4</sup> Tal vez la reflexión más reconocida sobre el tema sea la de George Steiner, *Después de Babel: aspectos del lenguaje y la traducción*, trad. de Adolfo Castañón, Fondo de Cultura Económica, México, 1980. Para el ámbito mexicano, consulte Elsa Cecilia Frost (comp.), *El arte de la traición o los problemas de la traducción*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1992; véase también Adolfo Castañón, *El mito del editor y otros ensayos sobre libros y libreros*, Miguel Ángel Porrúa, México, 1993.



grupo de amigos y colegas fundaron la Institución Libre de Enseñanza. Difícil negar que éstos fueron los primeros en buscar la modernización de España en el mejoramiento de la educación y en la lectura de los principales autores europeos, aunque el mismo propósito habían tenido los ilustrados de finales del xviii; de allí su apelativo de “afrancesados”. Si los hombres vinculados a la Institución Libre de Enseñanza han sido calificados como “educadores” o como “reformadores”, igualmente atinado y justo es llamarlos “traductores”, por su “intensa” y “sistemática” labor de traducción “de los textos de referencia en los distintos ámbitos científicos”, en especial de tema pedagógico, con lo que las ideas de vanguardia “se presentaron a los lectores españoles, sobre todo en el *Boletín* de la Institución Libre de Enseñanza”.<sup>5</sup>

Para el tema que aquí nos ocupa, fue decisivo el traslado a América de numerosos españoles al inicio del segundo tercio del siglo xx. La importancia de este hecho dependió de su confluencia con otro proceso histórico, hasta entonces lejano y ajeno, que se remonta a la crisis española de 1898, cuando para levantar al país de su postración varios políticos e ideólogos propusieron la modernización de España, su europeización. Se les llamó “regeneracionistas”.<sup>6</sup> Una de sus estrategias para lograr la regeneración de España, su auténtica recuperación, era

<sup>5</sup> Gabriel Zaid, siempre atinado, entiende la doble naturaleza del traductor: “personaje fronterizo y bifronte, traedor de cosas que traiciona”, porque las transforma, pero “con las cuales nos enriquece”, permitiéndonos “apropiarnos de cosas ajenas”. Epígrafe del libro *El arte de la traición o los problemas de la traducción*, comp. de Elsa Cecilia Frost, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1992.

<sup>6</sup> Se conoció como “regeneracionismo” al movimiento ideológico español que surgió a finales del siglo xix y principios del xx con el objetivo de superar los vicios políticos imperantes y el atraso económico. Sus impulsores fueron intelectuales y profesionistas de la clase media que propusieron mejorar la educación, reformar la economía, impulsar la riqueza pública, desarrollar los servicios del Estado e incrementar las relaciones con los principales países europeos. Véase Jaime Alvar Ezquerro (dir.), *Diccionario Espasa. Historia de España y América*, Espasa-Calpe, Madrid, 2002, p. 956.



mejorar cabalmente el sistema educativo. Fueron varias las propuestas de cambio; eran muchos los involucrados en ellas; fueron numerosas las instituciones diseñadas y creadas con ese propósito. Una de ellas fue la Junta para Ampliación de Estudios, conducida desde su nacimiento, en 1907, por Santiago Ramón y Cajal.<sup>7</sup>

Uno de sus propósitos era becar —pensionar, se decía entonces— al mayor número posible de los mejores jóvenes universitarios para que realizaran estudios de posgrado o de especialización en algún país de Europa. Fue así como muchos recién graduados terminaron de prepararse académicamente en Alemania, Francia, Inglaterra o Suiza, y a su regreso a España llevaron nuevas ideas, autores desconocidos y otros idiomas. En efecto, aquellos jóvenes volvieron deseosos de compartir dichas ideas, de introducir en España a los autores que habían leído o escuchado, de traducirlos. La reanimación de la vida cultural e intelectual en España tuvo otras facetas.<sup>8</sup> Una de ellas fue la aparición de varias revistas y empresas editoriales comprometidas con la consolidación y difusión de los nuevos pensadores españoles —todos ellos “regeneracionistas”— y con la introducción al país de los principales intelectuales europeos contemporáneos. Seguramente las más destacadas revistas fueron la católica *Cruz y Raya*,<sup>9</sup> dirigida por el poeta José Bergamín, y sobre todo la *Revista de Occidente*, fundada en 1923 y dirigida siempre por José Ortega y Gasset, quien ya en 1910 había colaborado

<sup>7</sup> Consúltese José Manuel Sánchez Ron (coord.), *1907-1987. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después*, 2 t., Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1988, y José Manuel Sánchez Ron y José García-Velasco (eds.), *100 JAE. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas en su Centenario*, 2 t., Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid, 2010.

<sup>8</sup> Véase José-Carlos Mainer, *La Edad de Plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*, Cátedra, Madrid, 1983.

<sup>9</sup> Jean Bécarrud, *Cruz y Raya (1933-1936)*, Taurus, Madrid, 1969. Para *La Pluma*, véase Santos Juliá, *Vida y tiempo de Manuel Azaña (1880-1940)*, Taurus, Madrid, 2008, en particular el capítulo “Del Ateneo a *La Pluma* pasando por París”, pp. 187-205.



en una revista titulada, escueta y significativamente, *Europa*.<sup>10</sup> Asociada a Ortega y a la *Revista de Occidente*, la editorial Espasa-Calpe estuvo animada por los mismos ideales.<sup>11</sup>

Resulta incuestionable que la *Revista de Occidente* logró una “extraordinaria” ampliación de los “horizontes” intelectuales españoles. Abordaba temas nuevos desde perspectivas inéditas. A la inversa de lo sucedido en los siglos xviii y xix, los autores alemanes e ingleses traducidos en ella superarían en número a los franceses, lo que posibilitó un notable “ensanche cultural” y una auténtica “apertura al mundo”. Reflejo de la influencia alemana en Ortega —recuérdese que entre 1905 y 1907 estudió en las universidades de Leipzig, Berlín y, sobre todo, Marburgo—,<sup>12</sup> la presencia de los pensadores germanos rivalizó con la suma de todos los otros extranjeros,<sup>13</sup> en términos individuales, los más publicados fueron Carl Jung, Max Scheler y Georg Simmel: un psicólogo, un filósofo y un sociólogo. Por lo que se refiere a temas, predominaron los artículos filosóficos y psicológicos; las ciencias sociales vieron aumentar constantemente su presencia e importancia, y la existencia de escritos sobre estética y crítica literaria era apreciable.<sup>14</sup> Las au-

<sup>10</sup> Para su labor, como dirigente de periódicos, véase Gonzalo Redondo, *Las empresas políticas de José Ortega y Gasset*, 2 t., Ediciones Rialp, Madrid, 1970.

<sup>11</sup> En realidad, primero se creó la Sociedad Calpe, en 1918, la que años después se asoció con la editorial catalana Espasa. La nueva empresa fue una de las más importantes editoriales de su tiempo y mantuvo íntimas relaciones con la *Revista de Occidente*. Cfr. Juan Miguel Sánchez Vigil, *Calpe. Paradigma editorial (1918-1925)*, Ediciones Trea, Gijón, 2005.

<sup>12</sup> Nelson Orringer, *Ortega y sus fuentes germánicas*, Gredos, Madrid, 1979; Fernando Salmerón, *Las mocedades de Ortega y Gasset*, Facultad de Filosofía y Letras-Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1983; Francisco Gil Villegas, *Los profetas y el Mesías*, Fondo de Cultura Económica / El Colegio Nacional, México, 1996.

<sup>13</sup> Otra editorial de la época, Labor, también dio prioridad a las traducciones alemanas, aunque en su catálogo destacaron la ciencia, la tecnología y los “manuales”.

<sup>14</sup> Para un análisis de su naturaleza y contenido, véase Evelyne López Campillo, *La Revista de Occidente y la formación de minorías (1923-1936)*, Taurus, Madrid, 1972, pp. 17 y 19.



sencias eran igualmente reveladoras: en cuanto a disciplinas, la economía; en cuanto a autores, Karl Marx.

La *Revista de Occidente* también editó libros, y lo hizo desde un *principio*, pues ya en 1924 apareció el primero, meses después del inicio de la publicación periódica. Los temas eran los mismos, pues obviamente compartían objetivos y principios: traducción de lo mejor del pensamiento europeo y convertirse en voceros del resurgimiento de la intelectualidad española. Igual que en la revista, los libros extranjeros más publicados fueron de alemanes, destacando Max Scheler, con ocho títulos, al que acompañaron Hegel, Edmund Husserl, Georg Simmel, Werner Sombart, Edward Spranger, Franz Brentano y el suizo Carl Jung. Esto es, tres filósofos, dos sociólogos y tres psicólogos, junto a los que aparecieron algunos de los principales historiadores de finales del siglo xix —el suizo Jacob Burckhardt— y de principios del xx —el holandés Johan Huizinga<sup>15</sup>—. El panorama intelectual español de entonces sólo puede ser debidamente aquilatado si se consideran también los libros publicados por las editoriales Aguilar y Labor.<sup>16</sup> Lógicamente, los más activos traductores fueron jóvenes formados en Europa, sobre todo con las becas de la Junta para Ampliación de Estudios. Además del propio Ortega, destacaron Manuel García Morente<sup>17</sup> y

<sup>15</sup> Para confirmar la importancia que entonces alcanzaron los autores de lengua alemana, véase la publicación en Espasa-Calpe de la multivoluminosa *Historia Universal* coordinada por Walter Goetz, destacadísimo profesor de la Universidad de Leipzig.

<sup>16</sup> Ana Martínez Rus, *San León Librero: las empresas culturales de Sánchez Cuesta*, Ediciones Trea, Gijón, 2007, p. 32.

<sup>17</sup> García Morente nació el 22 de abril de 1886 en Arjonilla, Jaén, y realizó buena parte de sus estudios en Francia: en el Liceo Nacional de Bayona concluyó su educación básica y su bachillerato, mientras que en la Sorbona cursó una licenciatura en filosofía, la cual revalidó en Madrid. Posteriormente, en Alemania realizó una investigación titulada *La Estética de Kant*, que presentó en la Universidad Central de Madrid para obtener el grado de doctor. En 1912 obtuvo una cátedra en la misma institución. En 1936, con el inicio de la Guerra Civil, fue destituido, y después de pasar por Valencia, Barcelona y París, llegó a Argentina en 1937. Cfr. Juan Miguel Palacios y Rogelio Rovira, “Prólogo”, en Manuel García Morente, *Obras completas*, t. I, Anthropos/Fundación Caja de Madrid, Bar-



José Gaos.<sup>18</sup> Desgraciadamente, aquel impulso renovador fue detenido de manera abrupta, radical e irreversible. En efecto, con el inicio de la Guerra Civil, a mediados de 1936, la *Revista de Occidente* padeció una “traumática interrupción”.<sup>19</sup> Para colmo, el golpe no se redujo a esta emblemática revista, sino que impactó cruelmente todo el ámbito cultural español.

El conflicto bélico se imbricó inmediatamente con un proceso que vincularía las dos orillas atlánticas. Sucedió que se encontraba como representante diplomático mexicano en Portugal el joven abogado y economista Daniel Cosío Villegas. Testigo de excepción de la guerra que padecía el país vecino, trabó amistad con el historiador medievalista Claudio Sánchez Albornoz, embajador español en Portugal. Acaso por sugerencia de éste, Cosío Villegas propuso a su gobierno que invitara a un pequeño grupo de académicos españoles a trasladarse temporalmente a México para que pudieran continuar sus actividades intelectuales,<sup>20</sup> beneficiando a cambio a las univer-

celona/Madrid, 1996, vol. 1, pp. ix-xxxv. Para Espasa tradujo, entre muchas obras, *Hélide y Roma: el origen del cristianismo*, de Walter Goetz, alrededor de 1933; sobre todo tradujo *La decadencia de Occidente*, por entonces muy influyente, del pesimista Oswald Spengler, aparecida en 1923.

<sup>18</sup> Gaos nació en Gijón, Asturias, en 1900, y estudió en las universidades de Valencia y Madrid. Luego pasó un tiempo, hacia 1924 y 1925, en la Universidad de Montpellier, estudiando griego y latín, pero tal parece que no fue como pensionado de la Junta para Ampliación de Estudios. Cfr. Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México (en adelante AHUNAM), Expediente de Personal Académico, núm. 5702, f. 108. También estuvo en Montpellier como “lector de Español y Literatura Española”.

<sup>19</sup> Cfr. Vicente Cacho Viu, “El imperio intelectual de Ortega”, en *Desde Occidente. 70 años de Revista de Occidente*, Ministerio de Cultura/Dirección General de Cooperación Cultural, Madrid, 1993, p. 57.

<sup>20</sup> Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, Joaquín Mortiz, México, 1976, pp. 162-169. Véase también José-Luis Martín (coord.), *Claudio Sánchez-Albornoz. Embajador de España en Portugal (mayo-octubre de 1936)*, Fundación Sánchez Albornoz/Ministerio de Asuntos Exteriores/Fundación Largo Caballero, Ávila, 1995. Las propuestas de Cosío al gobierno mexicano se hallan en Archivo Histórico de El Colegio de México (en adelante AHCM), Sección Daniel Cosío Villegas, caja 1, exp. 1, ff. 1-13.



sidades mexicanas con la impartición de algunos cursos y conferencias.

Una vez obtenido el apoyo presidencial, Cosío Villegas inició sus laboriosas diligencias: primero, tenía que elaborar la lista de los candidatos a ser invitados; luego, tendría que contactarlos y convencerlos de aceptar; por último, tendría que apoyarlos para que pudieran hacer el largo viaje oceánico. Por lo que se refiere a México, tenía que lograr que las instancias gubernamentales pertinentes actuaran pronta y atinadamente. También tenía que propiciar que las instituciones educativas y culturales de México aprovecharan al máximo la aportación de dichos intelectuales, todos ellos españoles de nacimiento pero europeos de formación. Puesto que se pensó que su estancia en México sería breve, ya que se preveía el triunfo republicano y con él su feliz regreso a España, se decidió que enseñaran en las escasas universidades ya existentes en México. En consecuencia, sólo tenía que organizarse una pequeña instancia que coordinara sus actividades pero que no requiriera de instalaciones docentes propias. Se llamaría La Casa de España en México y tendría como uno de sus dos dirigentes a Daniel Cosío Villegas, quien había ideado todo el proyecto.<sup>21</sup>

Fue así como estos dos procesos convergieron mediante una auténtica contingencia histórica, pues el mismo mexicano, diplomático y economista,<sup>22</sup> autor de la propuesta de que se

<sup>21</sup> Clara E. Lida, *La Casa de España en México*, El Colegio de México (Jornadas, 113), México, 1988, y Javier Garcíadiego, “La Casa en una nuez, o historia mínima de La Casa de España”, en *Los refugiados españoles y la cultura mexicana. Actas de las jornadas celebradas en España y México para conmemorar el septuagésimo aniversario de La Casa de España en México (1938-2008)*, James Valender y Gabriel Rojo (eds.), El Colegio de México/Residencia de Estudiantes, México, 2010, pp. 67-97.

<sup>22</sup> Recuérdese que Cosío Villegas se había titulado de abogado, pero luego había hecho estudios de economía en los Estados Unidos, en las universidades de Harvard, Wisconsin y Cornell, así como en Londres, en la London School of Economics, y en París, en la École Libre de Sciences Politiques. Véase Graciela Márquez, “Daniel Cosío Villegas, sus años como economista”, *El Trimestre Económico*, vol. LXXI (4), núm. 284, octubre-diciembre de 2004, pp. 877-907.





invitara a algunos intelectuales españoles a que continuaran su labor de investigación y docencia temporalmente en México, había creado un par de años antes una editorial dedicada a temas económicos. Dicha empresa pudo haber quedado vinculada a editoriales españolas, pues hacia 1932 Cosío se había trasladado a España para entrevistarse con Ortega y Gasset y con los directivos de algunas otras compañías editoriales,<sup>23</sup> como Manuel Aguilar, a fin de proponerles un ambicioso proyecto conjunto relativo a publicar obras de economía rigurosas, pues, alertado por la reciente crisis de 1929, estaba convencido de que la única forma de evitar su dañina repetición era mediante el conocimiento científico de la economía. Sin embargo, las respuestas españolas fueron mayoritariamente negativas,<sup>24</sup> habiendo sido especialmente enfático el propio Ortega y Gasset. Su negativa no debió resultar sorprendente: ni en su revista ni en su editorial había tenido cabida la economía, disciplina, por cierto, en ese entonces aún pobremente desarrollada en España.<sup>25</sup>

El visionario Cosío Villegas regresó a México “alicaído” de ánimo;<sup>26</sup> para su fortuna, su “alivio fue instantáneo”, pues un grupo de amigos y colegas lo alentó a aventurarse, con su respaldo, a la creación de una editorial de temática económica que tuviera un objetivo más educativo que lucrativo. La em-

<sup>23</sup> En rigor, Cosío Villegas había ido a España invitado por el gobierno de la Segunda República para que impartiera algunas conferencias sobre la reforma agraria mexicana, en particular sobre sus aspectos económicos.

<sup>24</sup> Es de resaltar que la editorial Aguilar sí asumió el compromiso de publicar obras de economía, y lo mismo puede decirse de Labor.

<sup>25</sup> Para analizar la situación de los estudios de economía en la España posterior a la crisis de 1929, véase Pablo Martín Aceña, “Economistas e intelectuales en la España del primer tercio del siglo xx”, *Historia y Política. Ideas, procesos y movimientos sociales*, núm. 8, 2002/2, pp. 197-227. Consúltese también Juan Velarde, *Introducción a la historia del pensamiento económico español*, Espasa-Calpe, Madrid, 1974.

<sup>26</sup> Véanse Daniel Cosío Villegas, *Memorias, op. cit.*, pp. 146-147, y Enrique Krauze, *Daniel Cosío Villegas, una biografía intelectual*, Joaquín Mortiz, México, 1980, p. 77. [Ed. en el FCE, 1991, 320 pp.]



presa habría de llamarse Fondo de Cultura Económica, publicaría una revista: *El Trimestre Económico*, cuyo primer número circuló en 1934, y en ausencia de un pensamiento económico propio traduciría “libros extranjeros de economía”; en enero de 1935 apareció el primero, *El dólar plata*, de William Shea, traducido por el poeta Salvador Novo, lo que confirmaba la escasa profesionalización de la disciplina económica en México.<sup>27</sup> De hecho, la primera “carrera” de economía apenas había sido fundada en 1929, dentro de la Facultad de Derecho, logrando independizarse a partir de 1935.<sup>28</sup> Comprensiblemente, los comprometidos en la creación de la editorial eran los mismos que estaban involucrados en la consolidación de los estudios universitarios de economía en México.<sup>29</sup>

<sup>27</sup> El propio Novo comentó que tradujo dicha obra porque se “hallaba sin trabajo ni ruta definida [...] y no había aún encontrado un camino de trabajo independiente y personal”. También comentó que no le interesó conservar ni un ejemplar y que pronto dejó de recordar de qué trataba el susodicho libro. Cfr. Salvador Novo, *La vida en México en el periodo presidencial de Adolfo Ruiz Cortines*, 3 t., Antonio Saborit (pról.), Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1996, t. I, p. 446; véase también Gerardo Ochoa Sandy, *Ochenta años. Las batallas culturales del Fondo*, Mónica Braun (ed. y coord.), Nieve de Chamoy, México, edición original en formato digital, 2014.

<sup>28</sup> Antes, en 1928, el mismo grupo de amigos que impulsó la creación del Fondo de Cultura Económica había organizado el Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas así como una Sociedad Económica Mexicana. Cfr. Víctor Díaz Arciniega, *Historia de la casa. Fondo de Cultura Económica, 1934-1994*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994, pp. 35-36. Véase también Jesús Silva Herzog, *Una vida en la vida de México*, Siglo XXI Editores, México, 1972, p. 89.

<sup>29</sup> Después de la Revolución los problemas económicos se habían enfrentado con propuestas “provisionales e improvisadas”. Era obvio que el país requería crear centros de estudio especializados, así como disponer de los instrumentos indispensables, como las estadísticas, los libros y las revistas. Para ello se contó con el apoyo de las principales autoridades universitarias, como el rector Manuel Gómez Morin y los profesores Miguel Palacios Macedo y Jesús Silva Herzog, junto con el de algunos funcionarios del sector hacendario, como el ministro Marte R. Gómez y el director de Egresos Emigdio Martínez Adame, además de Eduardo Villaseñor y Gonzalo Robles, entre otros. Cfr. “Emigdio Martínez Adame. Todo empezó con diez mil pesos”, en Cristina Pacheco (entrevistas), *En el primer medio siglo del Fondo de Cultura Económica. Testimonios y*



Fue precisamente durante esa etapa inicial de su editorial cuando Cosío Villegas fue enviado como representante diplomático a Portugal, y fue esta privilegiada atalaya<sup>30</sup> la que le permitió detectar la grave amenaza que para el sector académico y cultural español significaba el avance de la facción militarista. Recuérdese que rápidamente gestionó el traslado a México de algunos intelectuales españoles, para lo que tuvo que conseguir primero la autorización del gobierno republicano, pues por lo general los académicos seleccionados eran docentes en alguna institución pública, e incluso varios desempeñaban funciones gubernamentales: entre otros, se entrevistó en Valencia con Wenceslao Roces, subsecretario de Educación. Después de no pocas vicisitudes burocráticas y personales, en 1938 empezaron a llegar a México los profesores españoles que aceptaron la invitación.

Insisto, la convergencia de los procesos de regeneracionismo y exilio se debió a una mera contingencia. Puesto que La Casa de España carecía de instalaciones propias, Cosío Villegas, secretario de ésta y simultáneamente director del Fondo de Cultura Económica, decidió prestarle a La Casa un par de cuartos dentro de las oficinas que el Fondo tenía en la céntrica calle de Madero.<sup>31</sup> Compartir ese espacio físico trajo consecuencias intelectuales invaluable. Alfonso Reyes, nombrado presidente de La Casa de España en marzo de 1939, lo percibió inmediatamente, y con su natural desenfado lo comentó a su amigo y maestro Pedro Henríquez Ureña, radicado en Ar-

*conversaciones*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984, p. 13, y Víctor Díaz Arciniega, *Historia de la casa...*, *op. cit.*, pp. 34-39. Para un análisis detallado véase Marcela Dávalos, *Gonzalo Robles: una utopía sepultada*, Ediciones El Tucán de Virginia/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2014.

<sup>30</sup> Véase Alberto Enríquez Perea (ed.), *Daniel Cosío Villegas y su misión en Portugal 1936-1937*, El Colegio de México/Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1998.

<sup>31</sup> En rigor, el préstamo era indirecto, pues se trataba de unas oficinas facilitadas al Fondo de Cultura por Gonzalo Robles, del Banco Nacional Hipotecario Urbano y de Obras Públicas. Cfr. Víctor Díaz Arciniega, *Historia de la casa*, *op. cit.*, p. 51. Clara E. Lida, *La Casa de España en México*, *op. cit.*, p. 77.

gentina, a quien dijo que La Casa de España y el Fondo de Cultura eran “instituciones gemelas que nos repartimos entre Daniel [Cosío Villegas] y yo. Despachamos en oficinas contiguas, pasamos el día trabajando juntos”.<sup>32</sup> Comprensiblemente, de inmediato las relaciones entre los pocos colaboradores del Fondo y los escasos miembros de La Casa fueron “íntimas y cordiales”.<sup>33</sup>

Puesto que los miembros de La Casa de España no tenían labores docentes permanentes, sino que sólo impartían ocasionales cursillos en diversas instituciones mexicanas, preferentemente capitalinas,<sup>34</sup> aprovecharon su vecindad con el Fondo de Cultura Económica para empezar a colaborar con éste. Sin necesidad de desplazarse por una ciudad que aún no conocían, complementarían su salario y tendrían el mismo jefe, Cosío Villegas, secretario de La Casa y director del Fondo, al mismo tiempo y desde el mismo escritorio. Otro factor importante que facilitó la colaboración de los españoles adscritos a La Casa con el Fondo fue la comunión lingüística. A diferencia de la mayoría de los exiliados en el mundo, los españoles que llegaron a México no tuvieron que aprender la lengua del refugio; por eso uno de ellos —Gaos— dijo que lo suyo fue un trasterrio.<sup>35</sup> Así, al día siguiente de su llegada pudieron ense-

<sup>32</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña, 2 de diciembre de 1939, en Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, *Epistolario íntimo, 1906-1946*, 3 t., Juan Jacobo de Lara (recopilación), Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, Santo Domingo, 1983, t. III, p. 465.

<sup>33</sup> Carta de directivos del Fondo de Cultura Económica a Alfonso Reyes, 3 de mayo de 1940, en Alberto Enríquez Perea (ed.), *Testimonios de una amistad. Correspondencia Alfonso Reyes-Daniel Cosío Villegas (1922-1958)*, El Colegio de México, México, 1999, p. 77.

<sup>34</sup> Cfr. Alberto Enríquez Perea (ed.) y Andrés Lira (presentación), *Jornadas de cultura (1938-1958)*, El Colegio de México, México, 2014.

<sup>35</sup> Véase el número monográfico sobre Gaos de *Cuadernos Americanos*, vol. CLXVI, núm. 5, año XXVIII, septiembre-octubre de 1969; véase también Leopoldo Zea, *José Gaos: el transferrado*, s/e, Madrid, 2000, y Aurelia Valero Pie, *José Gaos en México: una biografía intelectual, 1938-1969*, El Colegio de México, México, 2015. Obviamente, debe consultarse primero la autobiografía intelec-

ñar en su lengua materna lo que hacía poco habían aprendido como pensionados en Europa. Obviamente, también pudieron trasladar a la lengua común numerosos libros fundamentales pero desconocidos tanto en España como en México. Ésa fue, desde entonces, su doble misión: enseñar y traducir, afectando incluso la redacción de sus propios trabajos, pues, atento al objetivo inicial del Fondo, Cosío Villegas los prefería más de traductores que de autores.

tual de Gaos, *Confesiones profesionales*, Fondo de Cultura Económica, México, 1958 (Col. Tezontle).

*procesos paralelos, confluencias y contingencias* ■ 23